

El final de la ocupación inglesa Buenos Aires – Montevideo 1807

por

José Luis Alonso

El día 5 de julio de 1807 a las 6 y 30 horas, el estampido de 5 cañones anunciaron a los habitantes de la ciudad de Buenos Aires, el comienzo del ataque del ejército inglés que, al mando del mayor general John Whitelocke, intentaba recapturar la capital del Virreinato del Río de la Plata y vengar la derrota sufrida el año anterior.

El ataque llevado a cabo por unos 9.000 hombres entre soldados y marineros fue mal planificado y su conducción demostró la incapacidad y falta de profesionalismo tanto del jefe británico como la del segundo al mando, el general John Levinson Gower. El asalto fue llevado a cabo por las tropas divididas en 14 columnas, 9 en el ala izquierda, 1 en el centro y las restantes en ala derecha. Con sus fusiles descargados, marcharon penetrando por las estrechas y rectas calles, procurando llegar hasta la costa del río. Por su parte las tropas milicianas y los habitantes de la ciudad, adecuadamente atrincherados opusieron una dura resistencia en un combate durísimo que se arrastro cruelmente por sus calles, cortadas por fosos y obstruidas por barricadas artilladas, obstáculos que oponían una dura y cuenta resistencia. Los defensores parapetados detrás de los gruesos muros de sus viviendas, transformadas en puntos fortificados y desde las ventanas enrejadas y terrazas volcaban el fuego de sus armas, obligando a los atacantes a combatir en viciosos enfrentamientos, luchando casa por casa. Whitelocke hizo una exacta descripción de los combates “Metralla en las esquinas de todas las calles, fuegos de mosquetería, granadas de mano, ladrillos y piedras lanzados desde lo alto de todas las casas. Cada dueño de casa defendía su morada y cada una de estas

era en sí misma una fortaleza, no es exagerado decir que todos los varones de Buenos Aires se emplearon en su defensa”¹.

Si bien, es lógico aceptar que el jefe inglés lo ignorara al describir lo sucesos de 5 días antes, sería injusto no mencionar que las mujeres habían participado activamente en la defensa de su ciudad, tanto con las armas en la mano como ayudando en peligrosos momentos de la batalla².

Ante la dura resistencia las bajas entre los atacantes iban aumentando, marcando su penoso avance con los cuerpos de los caídos y el acompañamiento de lamentos de los heridos. Sin comunicación entre sí las formaciones atacantes fueron deshaciéndose. Un testigo de los acontecimientos dejaría en sus memorias la descripción de la acción de los vecinos “Al poco tiempo comenzaron a caer prisioneros del enemigo, que nuestras partidas conducían a la plaza Mayor... los vecinos se disputaban cuales presentaban un mayor número de prisioneros...”³

La flota había permanecido frente a Buenos Aires, ignorante de las operaciones en tierra, dado que los barcos más grandes solo podían acercarse a unos 8 a 10 Km de la orilla. El fragor del combate del día 5 anunció el comienzo del ataque y observando la bandera inglesa ondear sobre el Retiro, los barcos pequeños se aproximaron y se pusieron en comunicación con tierra, reabasteciendo a los atacantes.

Cerca del mediodía, el coronel español Francisco de Elío exigió, bajo bandera de parlamento, la rendición de los ingleses, la cual fue rechazada, continuándose los combates por toda la ciudad. Entre los múltiples enfrentamientos, las fuerzas de la columna al mando general Robert Craufurd avanzó por la calle del Rosario, hoy Venezuela, uniéndose a ella tropas del regimiento 95, comandadas por el coronel Denis Pack, logrando ocupar el convento de Santo Domingo. Luego de resistir el intenso fuego de las tropas

¹ *Whithelocke a Windham*. 10 de julio de 1807. Public Record Office. War Office. Papers I/62.

² SOBAR VILA. “La mujer americana en las invasiones inglesas”. *Revista de la Universidad Pública del Litoral* N° 34, 1957, pp. 149-166.

³ NÚÑEZ, Ignacio. *Noticias Históricas*. Tomo I. Editó O.C.E.S.A. Buenos Aires, 1952, p. 174.

defensoras, habiendo rechazado una intimación a rendirse y siéndole imposible retirarse hacia la Residencia donde esperaba hacerse fuerte, Craufurd se vio obligado a rendirse al coronel de Elio y con él lo hicieron 46 oficiales y unos 600 de sus tropas. Con la captura del general inglés, Whitelocke perdía su oficial más capaz. A su vez los vencedores lograron recuperar los gloriosos trofeos ganados en las jornadas de 1806, que custodiados en el templo, los ingleses habían tratado de obtener. Los enfrentamientos fueron cesando con las últimas horas del día y los invasores acamparon en las afueras de la ciudad, en el Retiro y en la Residencia, sitios que habían logrado ocupar y mantener.⁴ Con sus filas diezmadas los invasores sufrieron 311 bajas fatales, 680 heridos y 1600 de ellos resultaron capturados.

Un relato anónimo relata el número y lugares donde se produjeron las mayores capturas de prisioneros. Si bien las cifras son imposibles de corroborar, sí lo son los lugares donde se produjeron y del ánimo de los captores.

*En el convento se hicieron 900 prisioneros que fueron conducidos a nuestros cuarteles, junto con otros mil y tantos tomados en la casa de la virreina del Pino y otros 500 más, tomados por la mañana en los alrededores de la iglesia San Miguel. Estaba el pueblo suspenso y deseoso de apalea a un enemigo al que se tenía un odio incomparable...*⁵

Los prisioneros capturados durante la jornada fueron conducidos y alojados en el fuerte de la ciudad, en cuyo interior, según protocolo militar los oficiales fueron alojados separados sus subalternos. El cautivo teniente coronel Lancelot Holand dio cuenta en sus memorias del paso de los vencidos entre los defensores que guarnecían las defensas y de su llegada a la fortificación.

⁴ BEVERINA, Juan. *Las invasiones inglesas al Río de la Plata. (1806-1807)*. Vol. II. Círculo Militar, Biblioteca del Oficial. Buenos Aires. 1939, p. 343.

⁵ ANÓNIMO. *Diario de un soldado*. A.G.N., 1960, p. 178.

Fuimos obligados a marchar, sin armas, hacia el fuerte, en medio de la amargura de los hombres, vertiendo lágrimas algunos de ellos. Nada pudo ser más mortificante que nuestro paso a lo largo de las calles, en medio de la canalla vociferante que nos había vencido. Ellos eran hombres de tez oscura, de baja estatura, cubiertos de harapos, armados de largos mosquetes y algunas espadas, sin orden ni uniformes. Los españoles dan la impresión de querer hacernos pedazos a todos nosotros, ciertamente nuestra situación podría tornarse muy crítica si los ingleses llegaran a atacar nuevamente.

Una vez en el fuerte los oficiales fuimos llevados a la casa del general Liniers y encerrados en dos habitaciones llenas de oficiales de nuestro ejército, En total habría de 60 a 70 oficiales estrechamente vigilados. Entre ellos hallamos los del regimiento 88⁶. Fuimos recibidos por un irascible individuo, apellidado Balbiani, que se desempeñaba como general⁷, quien nos hizo firmar un compromiso por el cual nos juramentamos a no tomar las armas contra España o sus aliados hasta que no se realizase nuestro intercambio. Unos 60 o 70 oficiales fuimos alojados en dos grandes salas, estrechamente vigilados. Nos trajeron algunos biscochos y trozos de carne ahumada, despojadas de todo tipo de mobiliario, solo había un piso de ladrillos donde descansar.⁸

Mientras aún proseguían los enfrentamientos y en la confusión reinante pocas era las medidas que se pudieron tomar para atender a las necesidades de los prisioneros. A pesar de ello, fueron tratados con elementales signos de urbanidad y los oficiales españoles presentes, junto con Balbiani no dejaron de garantizar su seguridad cualquiera fueren los resultados de los combates.

Crauford y Holand fueron invitados esa noche a la mesa de Liniers, donde asistió Balbiani junto con algunos de sus oficiales.

⁶ N.A. El regimiento 88, al mando del teniente coronel Alexander Duff, integraba la 5^a columna, diezmada frente a la iglesia de San Miguel.

⁷ N.A. César Balbiani tenía el grado de coronel.

⁸ HOLLAND, Lancelot. *Diary of Lieutenant Colonel Lancelot Holland*. MS Room University College. London. 1808 (?), pp. 55-56. Amazon Ebooks.

Finalizada la cena al primero de ellos le fue suministrada una manta para que no tuviese que dormir sobre el desnudo piso de ladrillos mientras que el segundo debió conformarse con hacerlo sobre algunos cueros. En sus memorias Holand, agradecería que al día siguiente el propio Balbiani les invitara con un chocolate. Siendo sorprendido ante la falta de protocolo reinante entre los oficiales presentes, tomando como ejemplo mismo anfitrión, quien a más de ostentar el grado de “general”, era el segundo a cargo y cuartel maestro general, quién a pesar de su grado se “tendía su propia cama y aseaba su mesa”, mencionando el sorprendido cautivo, que los otros oficiales “dormían sobre mantas, sin desvestirse y faltos de aseo”. Su experimentada mirada le permitió observar, acertadamente, que muchos de los presentes eran comerciantes, que habían tomado las armas en defensa de la ciudad y recibido sus nombramientos por parte de Liniers, notando “que su vestimenta es deficiente y parece regulada por la fantasía más que por la uniformidad” También dejaría asentado el tratamiento civilizado recibido por parte de su guardián y de sus oficiales.⁹. Finalizado el desayuno ambos jefes ingleses se reunieron con los otros oficiales pudiendo comprobar que “se hallaban envueltos en espesas nubes de tabaco de los cigarros españoles que fumaban y que les habían distribuido biscochos de muy buena calidad como desayuno.” Más tarde Crauford y Holand, fueron invitados a cenar junto con los demás oficiales...

La cena fue buena sin lujo ni ostentaciones, y se desarrollo con normalidad. Liniers me impresionó como un interesante conversador, pero no parece tener ningún talento especial. Al finalizar la cena se hizo presente en el fuerte el general Gower portando la respuesta a una carta enviada por nuestro anfitrión, a nuestras filas, por la mañana bajo bandera de tregua. Manteniendo ambos una entrevista que se prolongó durante más de dos horas¹⁰.

⁹ Ídem, p. 56.

¹⁰ Ídem, pp. 57-58.

El propio general Craufard, conocido entre sus hombres como “Black Bob”, que había estado en contra del plan de ataque realizado, tuvo oportunidad de conversar con Gower, antes de que este se encerrara con el jefe defensor por dos horas, oportunidad en que apesadumbrado le advirtió que de producirse un nuevo ataque en la misma forma en que había sido ejecutado ese día, 5 de julio, el resultado no podría ser otro que una nueva derrota¹¹.

La reunión a que hace referencia Holland era el resultado de sucesos ignorados por los prisioneros ingleses. Finalizando la cruenta jornada del 5 de julio, Liniers que dirigió las operaciones desde el cabildo, bien podía darse por satisfecho. El bautismo de fuego de sus tropas había sido exitoso. Si bien el número de bajas entre los defensores, era alto alrededor de 300 bajas fatales, más del doble de heridos y la captura de unos 800 hombres eran el saldo a lamentar, las bisoñas tropas defensores se habían batido valerosamente. Sus defensas habían detenido el avance de la mayoría de las columnas enemigas, a la vez que les ocasionaron gravosas pérdidas y producido la captura de un gran número de prisioneros. Si bien el enemigo mantenía en su poder el Retiro, la Residencia y la plaza Lorea, estas posiciones se hallaban alejadas entre sí y prácticamente aisladas, mientras las tropas defensoras se desplazaban por líneas internas acudiendo con celeridad a los sitios de mayor peligro. Mientras aún se combatía con los enemigos que ocupaban la iglesia de Santo Domingo. Liniers, evaluando correctamente la situación, consultó con el alcalde de 2º voto del cabildo, Esteban Villanueva, sobre la conveniencia de proponer una tregua basada en la devolución de los prisioneros capturados, más de ochocientos, permitiéndosele al enemigo que sus tropas reembarcaran libremente. Martín de Alzaga, motor y nervio de la resistencia, en funciones de Alcalde de 1º voto, conector de la preocupación del gobierno de Londres y de la presión que la opinión pública inglesa ejercía sobre su gobierno demandando la liberación de los hombres y mujeres capturados en las jornadas de la reconquista de Buenos Aires en 1806, propuso, acertadamente,

¹¹ PICABEA, Lucio R. 1807. *¿Por qué Buenos Aires no es Buenos Aires City?* p.102- 104. Edición del autor. Buenos Aires. 2009.

incrementar la propuesta incluyendo la liberación de todos los prisioneros de guerra en manos del gobierno virreinal, a cambio de la retirada de las tropas atacantes y de la evacuación de todo el territorio de la Banda Oriental. Esta propuesta mereció algunas burlas por parte de algunos de los presentes, que la consideraron demasiado ambiciosa, pero ante la insistencia de Alzaga finalmente la modificación fue aceptada por Liniers, quien la hizo llegar a manos del jefe enemigo, con el objetivo de “evitar mayor efusión de sangre” a la vez que advertía en la misma¹²:

...no admitiendo V.E esta propuesta, no respondo según el enardecimiento de mis tropas, de que experimenten las suyas todo el rigor de la guerra; estando más exasperadas cuando tres de mis edecanes, habiéndose presentado a diferentes puntos en que se habían asomado banderas parlamentarias¹³.

La misiva mencionaba unas bajas inglesas de “80 oficiales de todas las graduaciones, más de mil prisioneros y tal vez el doble de muertos” cifras a todas luces exageradas, destinadas a impresionar al jefe inglés, pero que este no podía corroborar, por la falta de comunicación con los mandos de las columnas.

Antes de llegar a ser enviada la propuesta los mandos de la defensa, tuvieron noticia de la rendición de los ocupantes de la iglesia de Santo Domingo y de la captura del brigadier general Crauford junto con sus hombres. Noticia que Liniers se apresuro a poner en conocimiento del Whitelocke, junto con la nota mencionada, la que arribo a su destinatario en las primeras horas de la mañana del 6 de julio. Mientras las acciones bélicas se habían reanudado con las primeras luces produciéndose enfrentamientos aislados entre las avanzadas inglesas y algunos puntos defensivos. Aparte del éxito militar que significó la rendición de las fuerzas de Pack que ocupaban la iglesia, la recuperación de los trofeos ingleses que habían sido retirados por los invasores y expuestos en

¹² RODRIGUEZ, Martín. *Memorias*. S/N. Montevideo. 1849.

¹³ BEVERINA, Juan. *Las invasiones inglesas al Río de la Plata (1806-1807)*. Vol. II. p. 360. Ob. citada.

triumfo en la torre del templo durante 8 horas, retemplo el ánimo de los vencedores¹⁴.

Resulta interesante resaltar la importancia política y militar que tenía para las autoridades inglesas la existencia de un gran número de prisioneros de guerra en manos de las autoridades españolas en el Río de la Plata. El cautiverio de las tropas del vencido ejército inglés en las jornadas de 1806 había sido parte de una controvertida interpretación del acta de rendición firmada por ambos bandos. Los vencidos interpretaron que una vez depuestas sus armas y rendidas sus banderas, serían autorizados a abandonar la ciudad y a reembarcarse en sus naves, mientras que las autoridades españolas, en desacuerdo, y con la amenaza de la presencia de la flota inglesa dueña del Río de la Plata, procedieron a separar los oficiales de sus tropas y a dispersarlos por las afueras de la ciudad. Aislados, en territorio desconocido, inseguros de su destino, los ingleses finalmente fueron internados en el interior del extenso territorio. La conducta seguida con sus tropas prisioneras fue percibida como una ruptura de las condiciones establecidas en los términos de la capitulación y un ultraje a las armas inglesas. Su cautiverio, no sería ni olvidado ni aceptado por la opinión pública inglesa y su lejano cautiverio legitimizó, en parte, la aventura corrida por Beresford, mientras los mandos militares tuvieron en su liberación un poderoso incentivo para las operaciones militares que el ejército de S.M.B. emprendería al año siguiente. El temor de no poder recuperar los cautivos o la muerte de los mismos a manos de los defensores fue un factor determinante para la aceptación de las condiciones impuestas por las autoridades virreinales a Whitelocke.

El trato dispensado a las tropas hechas prisioneras en los combates del 5 de julio de 1807 fue muy diferente al brindado a sus oficiales.

¹⁴ Municipalidad de la Capital. Trofeos de la Ciudad de Reconquista de Buenos Aires. p.25. Edit. G. Kraft.1882.

Ellas fueron también conducidas por las calles entre las triunfantes exclamaciones de soldados y vecinos, y fueron distribuidos, aún los heridos, en las cárceles de la ciudad. Habiendo saqueado en busca de botín, durante su avance por las calles, casas e iglesias, sus captores buscaron recuperar los bienes robados.¹⁵



*“La Plaza Mayor. 1807”
El general Beresford y las tropas inglesas buyen al Fuerte para presentar su capitulación,
pasando por debajo de la Recova.
Este edificio de singular belleza y gran plasticidad,
había sido construido cuatro años antes, para dar acogida a los “bandoleros”,
vendedores ambulantes que trabajaban en la Plaza.*

131

La Plaza Mayor, por Léonie Matthis¹⁶

¹⁵ BERUTI, Juan Manuel. *Memorias Curiosas*, Emecé, p. 64. Buenos Aires. 2001.

¹⁶ Fuentes de la ilustración: Ignacio GUTIÉRREZ ZALDÍVAR. “Léonie Matthis”. Editorial Zurbarán, Buenos Aires, 1992. ISBN 9509949345. Matthis, Leonie: Cuadros Históricos Argentinos. Editorial Kapelus, Buenos Aires, 1960, p. 131.

“Cualquier cosa por pequeña que fuese que se hallaba en poder de algún soldado o marinero era remitida al cabildo para ser remitida a su dueño”¹⁷

Un soldado de los apresados en los combates librados en el convento e iglesia de Santo Domingo relató la suerte corrida a manos de sus captores:

*Fuimos todos revisados exhaustivamente y todo artículo de procedencia española nos fue confiscado, permitiéndonos conservar el resto. Durante la requisa un soldado que tenía en su poder un buen número de doblones, ocultó los mismos en su olla cubriéndolos con agua y un trozo de carne, poniéndola al fuego, artimaña que resulto exitosa. Cien de nosotros habíamos sido capturados en la iglesia y fuimos amenazados con ser fusilados si no aparecía un crucifijo de oro que había desaparecido del templo. Permanecimos reunidos en un gran círculo rodeados por de españoles e indígenas. Sus armas y sus salvajes miradas eran signos evidentes de nuestro oscuro futuro si la pieza desaparecida no aparecía. Finalmente esta apareció en el suelo, en donde estábamos parados, ignorándose quien la había sustraído. Solo entonces fuimos llevados a nuestra prisión.*¹⁸

Los cautivos, celosamente custodiados, atravesaron las calles de la ciudad, entre los muertos de ambos bandos y los quejidos de los heridos. Su presencia no pasó inadvertida entre familiares de los caídos y en los defensores que encontraban a su paso. Insultos y amenazas cayeron sobre ellos, vertidas por la multitud enardecida por su éxito al rechazar el ataque y resentida por los dolores padecidos. Un anónimo testigo de la jornada reflejó en sus memorias el estado de ánimo de los defensores “estaba el pueblo en suspenso y deseoso de apalea a un enemigo al que se tenía un odio

¹⁷ PEREIRA, Antonio N. *La Invasión Inglesa en el Río de la Plata*. Biblioteca Nacional de España. Montevideo, 1877, p. 210.

¹⁸ HIBBERT, Cristopher. *Journal of a soldier of the 71st*. Londres. Amazon E. Books. 1975, p. 34.

incomparable.”¹⁹ Con grandes esfuerzos para evitar que les fueran arrebatados, pudieron recorrer su camino protegidos por sus custodios:

*Fuimos llevados hasta la ciudadela, totalizando 105 de nosotros. Fuimos hacinados en dos habitaciones anexas que se comunicaban entre sí. Conformamos un abigarrado grupo, sin duda alguna. El primer día no recibimos alimento alguno. Un pequeño barril con agua fue colocado en una de los alojamientos, objeto cuya función no fue exactamente comprendida por todos. Algunos fueron a beber y otros a orinar y algunos otros volvieron a beber. La más interna de los alojamientos fue ocupado como dormitorio, donde cada uno ocupaba, en el piso de ladrillos, ocupaba el menor espacio posible. Yacimos allí, hambrientos y temerosos de ser degollados en el transcurso de la noche.*²⁰

Lancelot Home en sus memorias, también, dio cuenta de la actitud de la multitud que rodeaba al Fuerte de Buenos Aires “dan la impresión de querer hacernos pedazos a todos nosotros, ciertamente nuestra situación podría tornarse muy crítica si los ingleses llegaran a atacar la ciudad”.²¹ Situaciones similares eran padecidas por otros prisioneros, el coronel James Duff al frente de las tropas del regimiento 88, parte de la columna del general Lumley, que intentara en vano ocupar la iglesia de San Miguel, debió también rendir sus armas y recordaría que “al marchar hacia la ciudadela, descubrió sorprendido, que se hallaba rodeado por todos lados por 3000 o 4000 soldados milicianos junto con vecinos armados.”²²

El temor a una masacre de los prisioneros sería un factor preponderante durante las conversaciones tendientes la capitulación. En los intercambios epistolares entre ambas partes, el

¹⁹ ANÓNIMO. *Diario de un soldado*. Ob. citada, p. 180.

²⁰ PLUNKETT, Tom. *The United Services Magazine*. Londres, 1842, p.70.

²¹ HOLAND, Lancelot. *Diary of Lieutenant Colonel Lancelot Holland*. Ob. citada, pp. 62-63.

²² COSTA, Ernestina. *English invasion of the River Plate*. Ob. citada, pp. 154-155.

propio Liniers, lo utilizaría como factor de presión, expresando el riesgo de que aquellos fueran atacados por las turbas enfurecidas. Todos los participantes dan cuenta de los sentimientos de odio y deseos de venganza que anidaban entre los defensores y que no dejaron de expresar al paso de los prisioneros. A pesar del caos que representa desde el punto de vista militar el desarrollo de viciosos combates en el interior de una ciudad, donde defensores y atacantes llevan por lo general acciones más o menos inconexas entre sí, es de destacar la disciplina de las tropas milicianas de la defensa, compuestas por civiles, escasamente entrenados y con numerosos oficiales sin experiencia militar. A más de su valor, demostrarían una disciplina inesperada en tropas bisoñas, reflejada en el respeto que mostraron ante sus prisioneros y la protección que prestaron a los mismos, ante la furia de sus vecinos. Así fue que, entre otros hechos similares, durante los combates por la iglesia de San Miguel un grupo de 80 ingleses junto con un coronel y algunos oficiales se refugiaron en la casa del vecino Martín Elordi, y allí aceptaron la intimación de los atacantes y se rindieron a las tropas encabezadas por el sargento Martín Rodríguez quien tomó de un brazo al oficial de mayor jerarquía y junto con los prisioneros lo condujo hasta el Fuerte²³. El mismo oficial daría pruebas de su caballería y la de los hombres a su mando durante otro episodio de la larga jornada del 5 de julio, este ocurrido en una vivienda en las cercanías del templo de Santo Domingo. En ella se habían parapetado unos 200 enemigos a los cuales Rodríguez intimó la rendición, a la que respondieron los enemigos con la aparición de dos oficiales, portando un pañuelo blanco acompañados de 6 hombres armados, que invitaron al sargento a penetrar en la vivienda. Este no aceptó la invitación, exigiendo que abandonaran la vivienda y entregaran sus armas, bajo palabra de respetar sus vidas:

Los oficiales ingleses se alejaron, conversando en su idioma con sus soldados quienes echando el arma a la cara, nos hicieron una

²³ RODRÍGUEZ, Martín. *Memorias*. Biblioteca de Mayo. Senado de la Nación. T. II. Buenos Aires, 1960.

descarga a quema ropa, matando en el acto a mis dos ayudantes, baleándome en el brazo izquierdo.... El ataque se renovó con más vigor, hasta que los mismos soldados enemigos abandonaron las armas y en grupos salieron a la calle a presentarse como prisioneros de guerra. Los oficiales que se habían presentado como parlamentarios fueron muertos en el acto y a la tropa y al resto de los oficiales los condujimos al fuerte²⁴.

Finalizando la jornada del 5 de julio, las fuerzas del ejército inglés ocupaban posiciones defensivas en la Residencia y el Retiro. Sus fuerzas habían sido vencidas en la iglesia de Santo Domingo. Sus bajas eran de 300 a 400 muertos, más de 600 heridos, que permanecían, donde habían caído y unos 1900 prisioneros. Situación agravada por haber permanecido Whitelocke sin comunicación con sus columnas, durante la mayor parte de la jornada.²⁵ También eran numerosas las bajas entre los defensores, 200 muertos, más de 400 heridos y 700 hombres capturados en la defensa del Retiro. El número de civiles muertos era desconocido en toda su magnitud.²⁶

En el fuerte, el general Liniers dispuso en el cuartel maestre, uno de cuyos ayudantes de campo era Manuel Belgrano, que se tomara juramento de no volver a tomar las armas contra España, al general Crauford, sus dos ayudantes y algunos otros oficiales. El general fue entrevistado por Belgrano que recordó el suceso en su autobiografía:

...mis pocos conocimientos en el idioma francés, hacían que el denominado Crauford se dedicase a conversar conmigo, y acaso otros motivos de civilidad, con preferencia y entrásemos a tratar algunas materias que nos sirvieron de entretenimiento, sin perder de vista su interés en adquirir conocimiento del país y muy

²⁴ Ídem.

²⁵ MATHÉU, Domingo. *Memorias*. Biblioteca de Mayo, Tomo III. Senado de la Nación. Buenos Aires, 1960.

²⁶ LUZURIAGA, Juan C. *Una gesta heroica. Las invasiones inglesas y la defensa del Plata*. Ediciones Torre del Vigía. Montevideo, sin fecha, p. 155.

*particularmente respecto de su opinión sobre el gobierno español*²⁷.

En horas de la noche los defensores lograron hacer entrar en la ciudad un cargamento de unos 40 barriles de pólvora, que llegaron a poner fin a la escasez que comenzaba a hacerse presente en sus líneas de defensa. Al amanecer del 6 de julio se produjeron escaramuzas en algunos de los puntos ocupados por el invasor y en las horas siguientes “dos columnas enemigas avanzaron desde el Retiro por la Alameda, en procura del fuerte, pero fueron rechazadas por la artillería del mismo”²⁸.

Durante la mañana un oficial inglés prisionero se presentó ante sus líneas, con la propuesta de los defensores y un mensaje personal de Liniers, “que proponía una suspensión de las hostilidades hasta las 12 horas en espera de la respuesta”. El oficial fue llevado ante el brigadier general Achmuty quien enterado de su misión lo envió al comandante en jefe, a la vez que respondió que se abstendría de hacer fuego sobre la ciudad si no eran molestados”²⁹.

El ofrecimiento fue rechazado por el general Whitelocke, con la aprobación del mayor general Gower y del teniente general Bourke, a pesar de haber recibido con franca sorpresa la noticia del final de las tropas rendidas en Santo Domingo. La negativa inglesa fue respondida por Liniers, al vencer el plazo, con el envío de una fuerza que mando de Elío, con el apoyo de 2 piezas de artillería intentó desalojar al enemigo de sus posiciones en la Residencia. La firme resistencia inglesa rechazó el ataque y un buen número de los atacantes desertaron, dejando en manos enemigas los cañones. Esta derrota y el desempeño de alguno de sus oficiales daría lugar a un sumario juicio militar.

²⁷ BELGRANO, Manuel. *Autobiografía*. Biblioteca de Mayo, Tomo II. Senado de la Nación. Buenos Aires, 1960.

²⁸ BEVERINA, Juan. *Las invasiones inglesas al Río de la Plata*. Ob. citada. pp. 365-367.

²⁹ Invasiones Inglesas. *Proceso Instruido al teniente general Don Juan Whitelocke*. Declaración de Gower. A. López Editor. Buenos Aires, 1913.

La aparición de 4 barcas cañoneras en las inmediaciones del fuerte fue respondida por la artillería del fuerte, obligándolas a retirarse.

La reanudación del combate y sin comunicación con su escuadra y habiendo descartado la reanudación del asalto a la ciudad o el posible bombardeo de la misma, de cuyos resultados no estaba convencido, el jefe inglés, esta vez con la opinión favorable de los jefes antes consultados decidió aceptar, desde la plaza de Toros el 6 de julio, discutir las condiciones propuestas, procediéndose a un alto el fuego y siendo el mayor general Gower enviado al fuerte, donde mantuvo la reunión ya relatada, con Liniers y los coroneles Velasco, Balviani, Elío y el fiscal general presentes.

Puesto en conocimiento Whitelocke de las proposiciones de sus enemigos, solicito una nueva prórroga para consultar con el jefe de la escuadra, el contralmirante Murray, lo que fue aceptado. Por motivos de seguridad el marino recién desembarco en la mañana del 7, y con escolta, se halló en presencia del jefe inglés. Este junto con los generales Gower, Achmuty y Lumley, lo impusieron de la situación militar y del contenido del tratado uno de cuyos puntos principales:

*Se refería a la devolución de todos nuestros prisioneros hechos en la América del sur, durante esta guerra, lo que constituía un gran resultado sin cuya obtención nada podría ser considerado completo... Siguió manifestando que sería inútil continuar la empresa, pues la América del sur nunca sería conquistada por Inglaterra,... y que que las condiciones propuestas debían ser firmadas pues negándose hacerlas y en caso de ser renovadas las hostilidades, se le había asegurado que todos los prisioneros serían muertos...*³⁰

Luego de consultar con el oficial más antiguo de la escuadra, el contralmirante estuvo de acuerdo con la firma del tratado, asegurando a Whitelocke que se había logrado un provechoso arreglo al haberse logrado la devolución de todos los prisioneros y

³⁰ Ídem. Declaración Lumley.

que mejores condiciones difícilmente se lograrían, a lo que el comandante en jefe le aseguro que temía que en el caso de reanudarse la batalla, los prisioneros serían ejecutados³¹. Este temor ante las posibles represalias que se podrían ejercer entre los miles de sus hombres prisioneros, pesó intensamente en las decisiones del teniente general inglés y en las de los oficiales consultados y las explicaría en detalle el 14 de marzo de 1808 ante el tribunal militar que juzgaba su actuación en el Río de la Plata donde declaró:

“Se me había informado que el estado exasperado de los habitantes, por crueldades que se decía haber sido ejercidas por la soldadesca inglesa, los habría inducido a sacrificar a los prisioneros que estaban en su poder. Yo consideraba la seguridad de esas valientes tropas como objeto de alta importancia; y si yo hubiera desatendido su situación abandonándolas a su suerte, con la repetición de un ataque que probablemente nos hubiese sido adverso, yo debería ser lanzado de la sociedad como uno de los hombres más sin principios ni reglas”.

El ánimo de la población calificado por Whitelocke “exasperado”, era el resultado de los sufrimientos padecidos por los vecinos a manos de las tropas inglesas durante su avance por las calles de la ciudad, que fueron relatados por un testigo de los dolorosos sucesos, que por primera vez padecían los vecinos de la ciudad:

“Estos crueles enemigos hicieron tantos destrozos en los arrabales y barrios que iban tomando de esta capital que son inexplicables, pues saquearon y mataron sin distinguir edad, pues fue tal su temeridad que hasta los niños de pecho, que eran varones los mataron y aún mujeres embarazadas y hubo criaturas que aunque no mataron pero por ser varón les cortaron las manos, tiranía que ni entre los bárbaros se ha visto: entraban a las iglesias y a las imágenes degollaban de los santos (...)últimamente

³¹ Ídem. Declaración de Achmuty.

entraban aterrando a sangre y fuego pues robaban, saqueaban.(...) no perdonando en su furor ni lo más sagrado de los templos(...) y finalmente hasta violaban las mujeres, siendo muy pocas las casas por donde pasaban que se libraron de su codicia e infernal furia”³².

Estas graves acusaciones, si bien eran las consecuencias habituales en las ciudades que eran asaltadas en las guerras de la época, nunca fueron negadas por las autoridades inglesas y más aún fueron confirmadas por uno de los participantes:

“Cuando cargamos por las calles, muchos de nuestros hombres penetraron en las casas en busca de botín y muchos se encontraban sobrecargados con lo robado cuando se produjo nuestra rendición. Un sargento del 38 había abierto un agujero en su cantimplora de madera, como si se tratara de una alcancía donde había introducido todo el dinero al que había podido echar mano. Al salir de una casa que había saqueado fue alcanzado por un disparo en su cabeza. Al caer se rompió su cantina y un gran número de doblones corrieron en todas direcciones por la calle. Comenzó entonces un tumulto entre algunos de sus compañeros que trataban de hacerse con las dispersas monedas, siendo alcanzados por los disparos enemigos 15 de ellos. Aún sustrajeron los doblones a los moribundos, a pesar muchos de ellos correrían la misma suerte”³³.

Entre las tropas invasoras se extendió el rumor de haberse entrado en conversaciones con el mando enemigo, sembrando el desasosiego entre sus filas:

“Juzguen mis compatriotas, pues ustedes son capaces de juzgar, (a pesar de que vuestra mano no han blandido la espada guerrera, vuestros pechos encierran el valor de vuestros corazones), cuales

³² BERUTI, Juan Manuel. *Memorias Curiosas*. p. 64. Ob. citada.

³³ HIBBERT, Christopher. *Journal of a soldier of the 71st*. Londres. p. 34- 46. Ob. citada.

*habrán sido mis sentimientos y el de mis compañeros de armas, cuando circulo el rumor de haber comenzado una convención con el enemigo, por la cual deberíamos resignar todas nuestras pretensiones de ser los Conquistadores y Poseedores de Buenos Aires”.*³⁴

Cercano el medio día del 7 de julio el general Whitelocke comunico oficialmente al jefe de la defensa “que consentía con las condiciones propuestas” y el mismo día quedo firmado el tratado definitivo entre ambos bandos el que se acordaba que:

1°. Habrá desde este tiempo cesación de hostilidades en ambas bandas del Río de la Plata.

2°. Las tropas de S.M.B. conservarán durante el tiempo de dos meses, contados desde la fecha, la fortaleza y Plaza de Montevideo, y como país neutral se considera una línea desde San Carlos al oeste hasta pando al este, y no se harán hostilidades en ninguna parte de esta línea. Entendiéndose la neutralidad únicamente en que los individuos de ambas naciones puedan vivir libremente en bajo sus respectivas leyes siendo los vasallos españoles juzgados por las suyas, y los ingleses por las de nación.

3° Habrá de ambas partes una restitución recíproca de prisioneros, incluyendo no solamente los que se han tomado desde la llegada de las tropas del mando del teniente general Whitelocke, sino también todos los súbditos de S.M.B. tomados en la América del Sur desde el principio de la guerra.

4° Que para el más pronto despacho de los buques y tropas de S.M.B. no se pondrá impedimento alguno en los abastos de víveres que se pidan para Montevideo.

5° Se dará el termino de diez días contados desde la fecha para el reembarco de la tropas de S.M.B. a fin de pasar a la banda norte del Río de la plata, llevando sus armas los que en la actualidad las tengan, con la artillería, municiones y equipajes haciéndose el

³⁴ ANÓNIMO. Buenos Aires, 1807. A personal narrative by an officier of the 36th. Foot. p.54. El Dorado Books. London.1994.

reembarco en los puntos más convenientes que se escojan, y durante ese tiempo podrán vendérseles los víveres que necesiten.

6° Que llegado el caso de la entrega de la Plaza y Fuerte de Montevideo, que se ha de verificar al cumplimiento de los dos meses prefijados en el artículo 2°, se hará en los términos en que se encontró y con la artillería que tenía al tiempo de su toma.

7° Se entregaran mutuamente tres oficiales de graduación hasta el cumplimiento de estos artículos por ambas partes, debiéndose entender que los oficiales de S.M.B., que han estado bajo su palabra no podrán servir contra la América del sur hasta su llegada a Europa.³⁵

Martín de Álzaga, nervio y motor de la defensa de la capital virreinal, fue consultado, en su calidad de alcalde de 1er. Voto, sobre la conveniencia de dejar reembarcar libremente a las fuerzas de Whitelocke, a lo que se opuso, proponiendo la devolución de los prisioneros de la invasión de 1806 a cambio de la retirada total del ejército y flota inglesa del virreinato:

La entrega de Montevideo se le debe a don Martín de Álzaga, porque a él se le ofreció pedir la plaza, y el señor Liniers junto con los corbatas [sic] miraron con desprecio la propuesta, pues dijeron que podían pedir también a Londres pero él se mantuvo firme y constante en que no firmaba si no entraba Montevideo en la capitulación³⁶

El burlón escepticismo de sus oyentes llevo al alcalde de 1er. voto a explicar a sus interlocutores que de ser rechazada esa demanda, siempre podía ser rechazada³⁷.

El documento redactado y escrito en la Fortaleza de Buenos Aires fue firmado por Santiago Liniers, Cesar Balviani, Bernardo

³⁵ BEVERINA, Juan. *Las invasiones inglesas al Río de la Plata*. Ob. citada, pp. 375-376.

³⁶ RODRIGUEZ, Martín. *Memorias*. Biblioteca de Mayo. Tomo II. Buenos Aires, 1960, p. 1503.

³⁷ GARCÍA BELSUNCE, C. A. y RUIZ MORENO, I. *Las Invasiones Inglesas (1806-1807)*. Academia. Nacional de la Historia. Buenos Aires, 2008, p. 33.

Velazco, Javier de Elio, John Whitelocke y George Murray dando por terminado el efímero sueño inglés de ver incorporado el Virreinato del Plata al Imperio Británico, a la vez que confirmaba los rumores que se habían propagado entre militares y civiles.

Los atacantes, que habían sufrido numerosas bajas entre muertos, heridos y prisioneros, estaban lejos de haber sido derrotados. Contaba aún con un buen número de fogueadas tropas a las puertas de la ciudad, sus botes cañoneros, que habían bombardeado durante la jornada anterior habían bombardeado el fuerte de la ciudad, permanecían amenazantes en las cercanías de la costa. En la ocupada Montevideo restaban fuerzas pasibles de ser transportadas como refuerzo protegidas por la escuadra inglesa que era dueña de las aguas del río y el mando inglés esperaba el arribo de tropas enviadas como refuerzo desde Europa.

A la firma del acuerdo lo siguió el cese de las hostilidades, “...se mandó repicar las campanas de todas las iglesias y las tropas retiradas a la plaza con el fin de saber el resultado, hicieron repetidas descargas de fusil”³⁸.

Uno de los participantes, Duclos Guyot, retrato el ánimo de los vencedores, según relato el sacerdote uruguayo José Pérez Castellano:

*La victoria ha sido nuestra, los famosos ingleses son todos prisioneros nuestros... Quisiera que usted hubiese visto la plaza de Buenos Aires, esta mañana después de la victoria, los soberbios ingleses, todos, en nuestro poder desarmados. Todas las azoteas, coronadas por mujeres, gritos de ¡Viva el Rey! ¡Viva el general!; fue uno de los espectáculos más hermosos*³⁹.

Liniers en su parte oficial al Príncipe de la Paz, dando cuenta del triunfo dio cuenta de haber hecho 2000 prisioneros entre las tropas más 105 oficiales. Si bien la versión inglesa difiere en el número de

³⁸ BEVERINA, Juan. *Las invasiones inglesas al Río de la Plata*. Ob. Citada, p. 382.

³⁹ LUZURIAGA, Juan C. *La Reconquista de Buenos Aires, El cenit del Montevideo Colonial*. Planeta. Montevideo, 2017, p. 231.

los cautivos en manos españolas, rebajándolo a 1000, es más factible que el número total se acerque más al relatado por el virrey.⁴⁰

El jubilo, compartido por tropas y civiles no hizo a las autoridades abandonar las precauciones y se mantuvieron defendidas las barricadas erigidas y guarnecidas numerosas de las azoteas, en vigilante actitud que se mantuvo hasta la total evacuación del enemigo, días más tarde. A pesar de las recomendaciones de las autoridades de limitar el trato con los vencidos, algunos de los vecinos se acercaron a las líneas inglesas intentando conocer el destino de amigos y familiares o el estado de sus bienes.

Ese mismo día Crauford y Holand, fueron invitados a cenar junto con los demás oficiales. Entre estos se destacaba la presencia del teniente coronel Denis Pack, ex jefe de un batallón de regimiento 71 de Highlanders. Capturado durante la primera invasión inglesa, había comprometido, como sus compañeros oficiales, su palabra de no volver a tomar las armas contra las tropas virreinales. Fugado junto con Beresford, fue relevado de su compromiso por un tribunal militar inglés. Su retorno a la lucha le significó el repudio y el odio de sus contrincantes, poniendo el ayuntamiento un premio en metálico a quien lograra su captura. Durante la defensa de la capital virreinal, tropas de los tercios Voluntarios de Galicia al mando del capitán Bernardo Pampillo y algunos hombres del Andaluces derrotaron con éxito a los invasores atrincherados en la iglesia de Santo Domingo. El capitán refirió que al producirse la rendición Crauford “me quiso entregar su espada, la que no recibí, diciéndole que era suficiente su palabra de honor y que de todo iba a dar cuenta a mi general Liniers para que pudiese salir de allí con seguridad”.⁴¹ Entre los prisioneros se encontraba el coronel Pack, que había sido protegido por el prior fray Francisco Xavier Leyba, al que había acudido en busca de protección. Según relato de su captor, salió “asido a mi brazo desde

⁴⁰ LOBO, Miguel. *Historia general de las antiguas colonias hispano parlantes*. Buenos Aires, 1875, p. 128.

⁴¹ Archivo general de la Nación (AGN) sala IX. Legajo 58. Criminales 1.111

la sacristía de Santo Domingo, buscando en mi protección la guarda de su vida y me rindió sus armas y su persona”. La captura fue certificada por el comandante del tercio de Galicia, Pedro Antonio Cerviño y oportunamente el capitán Campillo reclamo ante el cabildo la recompensa prometida de 4.000 pesos, la cual le fue otorgada el 7 de enero de 1808.⁴² Durante el transcurso de la cena brindada por Liniers a los oficiales cautivos, el día 6, se produjo una tensa situación de la que dio testimonio el capitán Frasier, ayudante del general Gower:

Las calles cercanas al fuerte se hallaban colmadas de una multitud enfurecida que al grito reiterado de ¡Pack, Pack! exigía su entrega. Algunos de los más exaltados llegaron hasta la sala donde se encontraban los oficiales españoles y británicos, lo que dio lugar a una violenta reacción por parte del general Liniers, quien llegó a tomar por el cuello al cabecilla amenazándolo con pasarlo por las armas para luego dirigirse a los más exaltados, que se habían hecho presentes, logrando tranquilizarlos⁴³.

Mientras se desarrollaba esta peligrosa situación para la integridad del prisionero, dos sacerdotes permanecieron en su compañía protegiéndolo. Ante el cariz de los acontecimientos los oficiales ingleses fueron llevados a su campamento para evitar un recrudecimiento de los sucesos, bajo la custodia de tropas españolas y Pack fue vestido con ropas civiles, para ocultarlo y en compañía del ayudante personal de Liniers llegó hasta el campamento de Whitelocke, desde allí sería evacuado luego sano y salvo con el resto de las fuerzas inglesas⁴⁴.

El intercambio de prisioneros dio comienzo el 8 de abril. Entre los oficiales españoles que fueron liberados se hallaban el capitán de fragata Ángel Michelena, los tenientes de navío Cándido de la Sala, José Posadas y Jacinto Romarate, entre otros, según informó

⁴² AGN. División Colonia, Sección Gobierno. Buenos Aires.

⁴³ HIBBERT, Christofer. *A soldier of the 71st*. Londres, 1975, pp. 53-63.

⁴⁴ COSTA, Ernestina. *English invasion of the River Plate*. Buenos Aires, 1937, p. 157.

el virrey Liniers días después en su parte oficial al Príncipe de la Paz. Si bien los cautivos ingleses no dejaron de alegrarse por el cercano fin de su cautiverio dieron signos de frustración y desaliento. Marcharon, hacia el sitio de concentración humillados por la derrota sufrida a manos de tropas voluntarias. Pasando "...entre los insepultos y desnudos cadáveres de sus camaradas. Cuando llegaron al Retiro al primero que hallaron fue al general Whitelocke quien los recibió diciéndoles: –Caballeros, estoy contento de ver tantas chaquetas verdes reunidas"⁴⁵. Puedo asegurarles que estaba preocupado por su suerte, porque esperaba que ese sujeto Liniers los pasara por las armas"⁴⁶.

Más precisiones sobre el doloroso espectáculo fueron dadas por uno de los oficiales cautivos en el fuerte al ser escoltados hacia el mismo sitio "En su camino a lo largo de la playa, (nuestros hombres) asistieron al melancólico espectáculo de numerosos de nuestros compañeros que habían caído en las calles de San Pedro (sic). Ellos habían sido despojados de sus ropas y arrojados allí. Los oficiales españoles en nuestro poder regresaron con todos sus compatriotas"⁴⁷.

No todos los ingleses prisioneros regresaron esa mañana, Crauford antes de regresar a sus líneas fue a visitar a sus heridos, recorriendo los hospitales y centros de atención, los que halló en malas condiciones. Durante la tarde continuó la devolución de los prisioneros, operación que concluyó al día siguiente, quedando en manos de los vencedores solo aquellos que no podían ser trasladados sin poner en peligro de sus vidas.

El día 10 de abril Sir Samuel Achmuty y Crauford embarcaron en el "Sarracen" llevando los despachos e informes oficiales hacia Inglaterra, arribando a Montevideo el día siguiente, donde permanecieron 24 horas para zarpar hacia su destino. Mientras las autoridades de Buenos Aires se apresuraban a enviar correos informando de la victoria alcanzada, al reino de Chile, al virreinato

⁴⁵ N. A. La chaqueta verde era característica del uniforme del cuerpo de rifleros.

⁴⁶ PLUNKETT, Tom. *The United Services Magazine*. Ob. citada, p. 70.

⁴⁷ ANÓNIMO. *An Authentic Narrative of the Proceedings of the Expedition under the Command of Brigadier general Crauford*. Londres. 1808, p. 142.

del Perú y a distintos puntos de la extensa geografía del virreinato del Río de la Plata. Ordenando al mismo tiempo el urgente envió hacia la capital de los prisioneros pertenecientes a las tropas vencidas el año anterior, para embarcarlos hacia Montevideo antes de vencer el plazo pactado de 2 meses. Estos cautivos separados en diferentes contingentes habían estado siendo movilizados desde la fuga de Beresford y Pack y la toma de Montevideo y la eminencia de una segunda invasión había aumentado la necesidad de alejarlos preventivamente de la ciudad de Buenos Aires. Su repatriación, cuando muchos ya desesperaban, los sorprendió gratamente a pesar de ir conociendo que la misma se debía a la derrota de su ejército y dieron comienzo a una larga marcha hacia la capital virreinal que se prolongo casi durante un mes.

El Cabildo de Buenos Aires se avocó a la atención de la multitud de heridos de ambos bandos que habían resultado de la lucha y de la inhumación de los muertos. Los cuerpos de “los ingleses fueron sepultados en un hueco llamado de Curro Moreno y en el bajo de la calle de Sotoca, ubicado entre las actuales calles, Corrientes, Lavalle, 25 de mayo y Leandro Alem. Las autoridades acordaron tomar varias medidas: para prevenir actos vandálicos por “parte de los esclavos y parte de la plebe” se ordenó recoger de las manos de civiles las armas que en grandes cantidades estaban en su poder, a la vez que se hicieron cargo de la gran cantidad de pertrechos ingleses que se hallaban en el Arsenal de la marina. Ordenándose como parte de las celebraciones la iluminación de la ciudad durante tres noches, la distribución de pensiones a viudas e hijos de los caídos y dictamino que solo permanecerían bajo sueldo los cuerpos de Patricios y el Escuadrón de Húsares y procedió a la formación de un cuerpo llamado de Voluntarios del Río de la Plata, organizado con la unión de todos los cuerpos de voluntarios.⁴⁸

El anuncio del tratado firmado, no hizo más que aumentar la ya existente animosidad y críticas de los oficiales ingleses sobre la conducción del ejército y la capacidad militar del general Whiteloke. Uno de los hombres de Crauford, solo conocido por “el

⁴⁸ BEVERINA, Juan. *Las invasiones inglesas al Río de la Plata*. p. 398- 399. Ob. citada

riflero Harris” es mencionado en una biografía refiriendo “...en ocasión de haber visto Whitelocke en Buenos aires y durante la confusión de ese día, uno de nosotros recibió una orden del feroz Crauford de dispararle al traidor si lo veíamos durante los combates...”⁴⁹ El relato no concuerda con las propias memorias del mencionado “riflero Harris” quien dejó una versión diferente en la cual relata que en el juicio militar contra el denostado jefe, Crauford había dicho que “debió esforzarse para no ordenar dispararle”.⁵⁰

El 8 de julio las tropas inglesas que se hallaban en el Retiro y la Residencia recibieron órdenes de liberar a los prisioneros españoles que custodiaban y concentrarse en la plaza de Toros y en la Recoleta.

El paso de los camaradas cautivos aumento los funestos sentimientos de las tropas inglesas, “No fue pequeña la mortificación al ver a nuestros hombres conducidos entre una multitud adornada con piezas de sus uniformes exhibidos como trofeos”.⁵¹ Los juicios hacia el desempeño del teniente general que los había conducido a la derrota fueron tan duros que leyendas acusándolo de cobarde y aún de traidor aparecieron en muros y puertas. Un año más tarde estos sentimientos se reflejarían en su juicio, donde no solo ninguno de sus subordinado no saldría en su defensa, sino fueron sus acusadores.

El 11 de julio de 1807, Liniers ofreció una cena en el fuerte en honor del teniente general Whithelocke quien concurreó con el almirante Murray y los miembros de su estado mayor. Fueron recibidos con honores el presencia del Alcalde de 1er, voto, Martín de Álzaga, y del de 2do.voto, Esteban Villanueva, junto con autoridades eclesiásticas. Se hicieron brindis por los monarcas de España e Inglaterra y se intercambiaron presentes, recibiendo el inglés, por parte de Liniers, un sable con incrustaciones de oro,

⁴⁹ CRAUFORD, Alexander H. *General Crauford and his Light Division*. Pickle Parteners Publications. London. 2011.

⁵⁰ ANÓNIMO. *Recollections of rifleman Harris*. p. 42-43 Edit. H. Curling. 1848.

⁵¹ ANÓNIMO. *An Authentic Narrative of the Proceedings of the Expedition under the Command of Brigadier general Crauford*. Pág, 144. Ob. citada.

quien lo retribuyo a su vez con una fina espada toledana en nombre del príncipe de Gales.

Por no tener calado suficiente los barcos ingleses no podían acercarse a la costa debiendo las tropas embarcar en sus propios botes, que los transportaban hasta ellos. Los vencedores para acelerar la maniobra, facilitaron numerosas y pequeñas embarcaciones. Las autoridades españolas también proveyeron a las tropas en retirada de “4000 quintales de galletas” para su alimentación durante el viaje hacia Montevideo primero y hacia Europa después y se autorizó la venta de alimentos por parte de los vecinos hasta que finalizara la operación. Estando por ley los comerciantes locales obligados a no aceptar productos ingleses a cambio, debiendo hacer todas las transacciones en dinero, con excepción del azúcar y el café, con los que estaba autorizado el trueque.

Durante la lenta maniobra de reembarcar a todo el ejército inglés “se produjeron muchas deserciones, a causa de las tentaciones sobre nuestros hombres, pero comunicado este contratiempo a Liniers, éste devolvió todos aquellos que pudo aprehender, más o menos 30, otros no pudieron ser hallados y permanecieron en el país”⁵²

Algunos de los soldados que se retiraban fueron incitados a permanecer en Buenos Aires con ofertas de trabajo o por lazos afectivos. Entre estos últimos vale recordar la memoria de doña Martínez Céspedes. Esta vecina se aproximó al fuerte, donde Liniers recibía las felicitaciones de los vecinos y logró acercarse al jefe solicitando que se corrigiese el bando donde figuraba el número de prisioneros. El virrey le respondió que ese era el total de los capturados, a lo que doña Céspedes le respondió que había una docena más para contabilizar y con sus respectivos fusiles. Pasando a relatar que al penetrar las tropas enemigas al barrio de San Telmo, donde vivía, la habían asaltado aquellos hombres en su casa, exigiéndoles bebidas alcohólicas, astutamente les hizo pasar de a uno al interior de la vivienda, donde con ayuda de sus tres hijas, logró “encerrarlos y amarrarlos después y quitándoles sus

⁵² Ídem. p. 145

armas”. Lógicamente sorprendido Liniers exclamo-“¡Han hecho ustedes una buena presa! Desde hoy por su patriotismo quedara usted reconocida en el ejército como mayora y daré orden de que sean remitidos al cuartel”.- La mayora agradeció y aclaro rápidamente: -“El caso es que yo no deseo entregar más que once”-, explicando que su hija menor deseaba casarse con uno, “que había capturado por su cuenta”. Ante esta poco esperada determinación el anonado virrey solo atino a objetar -“¡Pero señora! Los ingleses son herejes y además por el tratado debe volverse a su país”-. La objeción interpuesta a sus planes no iba a torcer la determinación de la peticionante quien no dudo en responder.- “¡Excelencia, nosotras ya hemos previsto el caso, puede usted hacer anotar a ese hombre entre los muertos, prefiere quedarse en Buenos aires, y en cuanto a lo de hereje, que es lo que más nos afectaba, me ha encargado mi hija Pepa, asegure a usía que en poco tiempo, ella se encarga de quitarle la herejía!”-⁵³

Los heridos, oficiales y tropas cuya sobrevida peligraría de ser transportados a Montevideo debieron ser dejados en tierra.

*Dejamos el cuidado de los heridos graves al cuidado de nuestros médicos. Es justo observar que fueron tratados con idoneidad y afecto... fueron instalados en hospitales religiosos por sacerdotes y frailes que atendieron a sus necesidades y cuidados. El general Liniers los visito personalmente en numerosas oportunidad, ofreciéndoles atender a sus necesidades de su propio peculio.*⁵⁴

La atención brindada por los vencedores a los heridos ingleses fue reconocida por el gobierno de S.M.B. pero merece ser recordada la generosidad del propio Liniers. Durante los combates del 5 de julio el coronel Kington del 6° regimiento de dragones, resulto gravemente herido, siendo recogido por hombres del cuerpo

⁵³ DE OLIVEIRA CEZAR, F. *Las invasiones inglesas y escenas de la Independencia Argentina.* p. 4-35. Félix Jouane Editor. Buenos Aires. 1894.

⁵⁴ ANÓNIMO. *Buenos Aires, 1807. A personal narrative by an officier of the 36th.* Foot. p.52. Ob. citada.

de Patricios. Enterado de su estado, el jefe de la defensa ordenó que el mismo fuese llevado y atendido en la casa de la señora Ana Perichon de O'Gorman, con quien mantenía el virrey una íntima relación. Más de 15 días sería asistido el herido, quien fallecería a pesar de los cuidados administrados. También el propio Pack, el 12 de julio agradecería en una carta a fray Luis Chorroarin, con el cual había establecido una buena relación, en nombre de la oficialidad de su regimiento, a los padres barbones por la ayuda "bondadosa" prestada a sus heridos. A estas palabras le acompaña un reloj como muestra de gratitud para la orden religiosa.⁵⁵

Las tropas de británicas se alejaban en dirección a Montevideo en cumplimiento del acuerdo alcanzado. "A bordo de los transportes los heridos sufrían grandemente. Muchos agonizaban con heridas leves por contractura de los músculos."^{56 57}.

En tierra también quedaban aquellos que habían cooperado con la logística de la fuerza invasora, a los que se le habían prometido remunerarles por sus servicios y algunos de los cuales sufrirían la furia de sus vecinos.

Es con gran pesar que menciono la mala retribución que nuestro ejército dio a los peones. Se les había prometido grandes recompensas por su actividad en la conducción del ganado y en asegurar provisiones durante la marcha, y por sus grandes servicios como mensajeros. Después de firmada la capitulación en momentos en que acompañaban un carro repleto de nuestros heridos, desde los Corrales de Miserere hasta el Retiro, sitio fijado para nuestro reembarco, fueron encontrados y reconocidos, pese a su disfraz, por una partida de españoles. Estos dejaron pasar el carro pero llevaron a los infortunados hombres a la

⁵⁵ ROBERTS, Carlos. *Las invasiones inglesas del Río de la Plata*. p. 292-293. Edit. Peuser. Buenos Aires. 1938.

⁵⁶ N.A. Tétanos.

⁵⁷ SMITH, H.G. *Autobiography of Harry Smith, written in Glasgow in 1824*. S/N. The Regency Collection London. 1903.

*prisión...nunca fueron liberados, siendo algunos ejecutados y otros condenados a trabajos pesados.*⁵⁸

También permanecieron en Buenos Aires los tres rehenes ingleses según lo pactado, el los capitanes Nicholls de los carabineros, Hamilton del 5° regimiento y Carrol del 88°, y se dispuso el envío de los rehenes españoles, que deberían permanecer en poder de los ingleses hasta su alejamiento del Río de la Plata, los coroneles Agustín de Pinedo, Cesar Balviani y el teniente Francisco Quesada. Por razones particulares el primero de ellos fue autorizado a quedarse en Buenos Aires y los ingleses retiraron entonces al oficial de los carabineros.

Las jornadas posteriores al fin de las hostilidades fueron de festejos privados, dando a lugar “fiestas, donativos, y oraciones que se sucedían, entre el entusiasmo de los vecinos volcados de puro gozo a las calles, plazas y templos”.⁵⁹ Por su parte las autoridades llevaron a cabo dos ceremonias una en el templo de Santo Domingo, que se erguía con su torre y frente mostrando las cicatrices del combate, en esa ocasión se colgaron negras banderas y en su interior se erigió un túmulo funerario, también cubierto y rodeado de colgaduras de igual color, y sobre él una corona de laureles, con la inscripción “ A los guerreros argentinos, que por su tierra natal, insultada, por sus hogares, sus hijos y sus esposas, rindieron gloriosamente su vida”⁶⁰ No deja de poner en duda sobre la exactitud de la leyenda el empleo del término “argentinos”, inexistente en la época. La otra ceremonia se desarrollo en la plaza Mayor, en un acto de justo reconocimiento, para realizar la manumisión solemne de setenta esclavos, que no podemos menos de imaginar profundamente conmovedora.

⁵⁸ LUZURIAGA, Juan C. *Las Invasiones Inglesas en su Bicentenario*. p.138. Edic. Torre del Vigía. Montevideo. 2007.

⁵⁹ LÓPEZ, Vicente F. *Historia de la República Argentina*. Edit. Juan Roldán. Buenos Aires. 1912.

⁶⁰ PEARSON, Isaac. *Las invasiones inglesas*. Buenos Aires. p.229. 1901.

En un tablado elevado en la plaza al pié de los balcones capitulares, se verificó el sorteo, con asistencia de todas las corporaciones y en presencia de un inmenso concurso. En una urna colocada a la izquierda, se encerraron los nombres de 686 esclavos, considerados dignos de la libertad por sus hazañas, a la derecha se escondían setenta suertes, interpoladas con otras bolillas blancas. Dos niñas colocadas al pié de ellas extraían al mismo tiempo los nombres y las suerte. Cuando se proclamaba el nombre del esclavo liberado un redoble de tambor anunciaba el premio y entonces una diputación del batallón de pardos y morenos libres los conducía al son de música bajo su bandera⁶¹.

Las autoridades municipales además liberaron a los esclavos que resultaron inválidos, comprándolos a sus propietarios y asignándoles una pensión mensual de 6 pesos⁶².

La trabajosa operación de embarcar a las tropas se dio por finalizada en las últimas horas del día 12 de julio de 1807, zarpando los últimos navíos al día siguiente, arribando al anochecer del 14 al puerto de Montevideo. Allí la ciudad ya había tomado conocimiento de la derrota sufrida. Entre los miles de comerciantes que habían navegado tras los barcos de guerra de S. M.B., a bordo de una flota comercial mucho más numerosa que la de guerra y que habían inundado de todo tipo de mercaderías inglesas a la plaza oriental, se hallaban dos comerciantes, el capitán mercante Robert W. Eastwick y un socio, del cual nos ha llegado solo su apellido, Halloway, cuñado de sir Home Popham. Habiendo permanecido el primero de ellos en Montevideo, cuyos habitantes ingleses estaban seguros del triunfo de las armas británicas, durante la batalla por Buenos Aires, fue testigo presencial de los sucesos que tuvieron lugar en la capital de la Banda Oriental, al recibirse en ella la noticia de la derrota sufrida.

⁶¹ Ídem. p. 229.

⁶² PEREIRA, Antonio N. *La Invasión Inglesa en el Río de la Plata*. p. 150. Ob. citada.

Previa a la partida del almirante Murray rumbo a Buenos Aires, se había decidido que a su retorno de la expedición, trayendo noticias, como esperábamos, de la segura captura de esa ciudad, izaría al tope de su palo mayor nuestra “Union Jack”, como claro símbolo de victoria. El día en que regreso el navío “Aurora”, en el que regresaba Murray, pudimos ver que no izaba la esperada enseña y el calificativo de estúpido, corrió entre los que aguardaban, en referencia al jefe naval que debía haber olvidado la señal convenida, estando lejos los observadores de pensar en otra explicación. Finalmente el barco se acercó a la nave insignia del almirante Stirling y desprendió un bote que se aproximó a la fragata, y que fue abordada por oficiales de la “Aurora”. A los pocos minutos se pudo observar que un bote transportando al almirante, un teniente y un contramaestre, proveniente de la nave capitana se dirigía a tierra, donde solo el primero de ellos desembarcó. Sin entrar en contacto con los que aguardaban en la orilla, se dirigió a la Casa de Gobierno. Marchaba con gesto adusto y en su camino dio órdenes de cerrar la puerta norte de la ciudadela. La multitud, como un gran rebaño, marchó tras él, preguntándose el motivo por el que se no se daba, de una vez por todas, las noticias del triunfo. Yo me hallaba entre los que aguardaban cuando oí llamar mi nombre y me fue comunicado que una carta me esperaba en mi casa. Me dirigí hacia ella con premura y al llegar la encontré rodeada de una multitud, ansiosa de conocer su contenido. Juzguen ustedes mi sorpresa y la de los que rodeaban al leerles el contenido de la misma. En ella se daba cuenta que la totalidad de nuestro ejército se había rendido y de la existencia de un tratado con las autoridades españolas de Buenos Aires, por el cual las fuerzas británicas se obligaban a retirarse a Montevideo, que deberían abandonar en el plazo de 60 días. De todas las derrotas que hemos padecido, creo yo, esta es la más innoble. La desazón y enojo en la ciudad fue tan intenso, que se volcó en las paredes de sus casas, donde aparecieron leyendas insultantes hacia Whithelocke en la cuales se lo trataba de traidor y cobarde.⁶³

⁶³ COMPTON, Herbert, Eastwick Robert W. *A master mariner. Being the life and*

El capitán Eastwick aseguraría en sus memorias que el coronel Gore Brown, gobernador a cargo de la defensa de Montevideo, derramo lágrimas al verse obligado al reconocer la capitulación de Whitelocke y “se alejó de la habitación”.⁶⁴

Apenas conocidas las noticias provenientes de Buenos Aires las puertas de la ciudad se cerraron, impidiéndose la salida de los vecinos y se mantuvieron estrechamente vigiladas, medida que fue parcialmente retirada en los días siguientes.

La población, aun cautiva del ejército británico, se abstuvo de manifestaciones públicas de festejo, atónita ante la derrota de los invasores que permanecían como dueños de su ciudad. Mientras que entre los ocupantes se extendían sentimientos de incredulidad y frustración. ¿Como un poderoso y profesional ejército había fracasado en tomar por asalto una ciudad no amurallada y defendida por milicias inexpertas? El descontento con los mandos de la operación comenzó a propagarse entre oficiales y tropas y todos aquellos que habían apostado sus capitales al triunfo de las armas de Inglaterra.

El viernes 10 de julio el gobierno de ocupación convocó a las autoridades del cabildo montevidiano comunicándoles oficialmente la capitulación en Buenos Aires del ejército inglés de 9000 hombres y de la obligada evacuación de la plaza cuyo término se había fijado en 60 días y a media tarde se publicó el bando oficial. Mientras en la capital virreinal y en la misma fecha el general Liniers envió un informe de los sucesos ocurridos durante los combates defensivos al depuesto virrey Sobremonte y días más tarde, el 29 el jefe vencedor enviaría otros dos despachos, uno al emperador Napoleón y otro al Príncipe de la Paz.

Al día siguiente, 11 de julio, el periódico inglés de la ocupación, *The Southern Star* de edición bilingüe, donde colaboraba Manuel Aniceto Padilla,⁶⁵ “que no se había publicado desde el 8 de ese

adventures of Captain Robert W. Eastick. p. 234-235. London. 1841.

⁶⁴ Ídem. p. 238-239.

⁶⁵ N.A. Este sujeto junto con Saturnino Rodríguez Peña fueron los cómplices de la fuga del Beresford y Pack.

mes, imprimió una edición extra en la que avisaba al público que “Las circunstancias inevitables del día nos han hecho posponer la publicación semanal DE LA ESTRELLA DEL SUR. Informamos solamente que una cesación de hostilidades entre las fuerzas Británicas y Españolas se la convenido en este río de la Plata. Sobre cuyos particulares no podemos especificar por carecer aun de noticias exactas”⁶⁶

También en esa fecha comenzaron a emitirse medidas para la proyectada evacuación. Se ordenó y se dio comienzo a retirar las piezas de artillería que se hallaban alrededor de la iglesia y el 12 se autorizó nuevamente el tañido de las campanas de los templos, celebrándose una misa cantada en señal de agradecimiento al Santísimo Sacramento, mientras en el puerto se daba lugar al abastecimiento de los barcos de guerra y civiles que deberían abandonar la plaza en 60 días y se comenzaban a cargar los bienes militares que se encontraban en el Arsenal de la marina.

Entrada la noche del 14 de julio, comenzaron a arribar al puerto las primeras naves del convoy provenientes de Buenos Aires, desembarcando en primer lugar los oficiales. Sus uniformes mostraban las duras condiciones de los combates librados y algunos de ellos vestían piezas de uniformes de la marina, con los que habían debido reemplazar los propios. Los soldados mostraban los signos de la derrota, heridos, contusos, fatigados, lamentando la pérdida de compañeros y muchos resentidos con sus mandos. En silencio, vencidos y con sus banderas recogidas marcharon por las calles de Montevideo que los recibió con curiosidad y silencio.^{67, 68}

Las críticas a la conducción militar de la campaña por parte de Whitelocke recrudecieron entre militares y comerciantes y como días antes en Buenos Aires, su nombre fue asociado con los epítetos de cobarde y aún de traidor, y manos anónimas los

⁶⁶ Facsímiles de *The Southern Star*. Montevideo, 1952. Su impresora sería comprada y trasladada a Buenos Aires e instalada en la casa de Niños Expósitos.

⁶⁷ GRAINGER, John D. *British Campaigns in the South Atlantic 1805 1806*. Pen & Sword. Cap. 13. Sth. Yorshire. EBook. 2015.

⁶⁸ N.A. Whitelocke si bien había sido derrotado, no firmó un acta de rendición sino un acuerdo de intercambio de prisioneros y devolución de territorios ocupados. Así pudieron salir de Buenos aires con sus banderas desplegadas.

volcaron en las paredes, ante la sorpresa de vecinos, que pocas semanas antes habían contemplado la salida del orgulloso y disciplinado ejército al ritmo de las bandas militares. Las penalidades sufridas, el sentimiento de haber sido traicionados e inútiles las bajas experimentadas dieron origen a algunos estallidos de descontento entre las tropas.

La necesidad de abandonar Montevideo llevo al caos a los comerciantes, que habían llegado en busca de pingües beneficios, y que desolados veían cernirse sobre ellos la ruina de sus inversiones, por lo que se apresuraron frenéticamente a liquidar a bajos precios las grandes cantidades de mercaderías que habían traído a la “nueva colonia del Imperio Británico”. Mercaderes locales, dueños de depósitos y de embarcaciones lograron grandes beneficios no solo por las baratas adquisiciones que realizaron sino también por las cantidades de cueros que habían vendido durante la ocupación de la ciudad.⁶⁹ El aislamiento entre la ocupada Montevideo y la liberada Buenos Aires no impidió que el endémico contrabando entre ellas floreciera nuevamente. El Primer Real Regimiento de Milicias de Montevideo, creado, integrado y pagado por los comerciantes ingleses con miras a una eventual defensa de Montevideo, organizado el 13 de junio, fue oficialmente dado disuelto.

Las naves con los vencidos continuaron arribando y desembarcando su triste carga diariamente y el 15 de julio, en horas de la madrugada una flota de más de 60 velas se aproximó al puerto de la ciudad, y de ella, con los últimos evacuados, descendió el teniente general Whitelocke al cual le fueron brindados los honores de práctica.

Tres días más tarde fueron llevados a tierra unos 50 prisioneros, engrillados y bajo fuerte custodia, muchos aquejados por fiebres y disentería. Se trataba de los desertores del ejército inglés cuya captura y devolución había sido acordada. El arribo de los mismos fue visto con complacencia por las tropas, viendo en ellos a los traidores que se habían pasado a las filas españolas durante los recientes combates por lo que el trato que recibieron estuvo lejos de

⁶⁹ COMPTON, Herbert, Eastwick Robert W. *A master mariner. Being the life and adventures of Captain Robert W. Eastick.* p. 242. Ob. citada.

ser cordial.⁷⁰ Los españoles, que siempre habían favorecido la desertión entre las tropas inglesas, dieron en enviar a los más rebeldes y aquellos que habían desobedecido órdenes de las autoridades españolas. Los reos fueron juzgados por un tribunal militar que los halló culpables siendo castigados según los códigos militares.

Como ejemplo, se efectuó un sorteo y uno de ellos, el tambor Charles Dixon, fue condenado a morir en la horca. Al desafortunado, que pertenecía al Ejército de la Compañía de India del Este, le fue imputado desertión, habiendo sido encontrado en el ejército enemigo alrededor del 5 de julio, La ejecución fue fijada para el 3 de septiembre, y en ese lluvioso día en la plaza, formaron destacamentos de diferentes regimientos en la plaza alrededor del patíbulo. El condenado, que profesaba la fe católica, fue acompañado por dos sacerdotes. El general Gower leyó públicamente la sentencia y Dixon con ayuda subió las escaleras del cadalso. A las 11 horas, con la soga al cuello fue precipitado al vacío. Ante la sorpresa general la cuerda se rompió y el hombre se precipitó a tierra. Ayudado por los frailes fue reanimándose lentamente, atemorizado y estupefacto, incapaz de entender lo sucedido. Un desconcertado Gower, requirió órdenes de Whitelocke, quien le conmutó la pena. Dixon se reembarcaría con el resto de las tropas.⁷¹

Como era de esperar la moral de las tropas y oficiales se hallaba en baja y las críticas sobre las cláusulas del acuerdo firmado se extendieron entre oficiales y tropas. En las calles seguían apareciendo carteles en castellano y en inglés, como había ocurrido en Buenos Aires, reiterando las acusaciones de traidor y cobarde al derrotado jefe del ejército. Intentando atemperar los ánimos Whitelocke emitió una orden general reconociendo el valor de cada

⁷⁰ ANÓNIMO. *An Authentic Narrative of the Proceedings of the Expedition under the Command of Brigadier general Crauford*. Ob. citada.

⁷¹ ANÓNIMO. *Buenos Aires .1807. A personal narrative by an officier of the 36th Foot*. p. 76. Ob. citada.

uno de los regimientos participantes y agradeciendo los sacrificios realizados.⁷² La misma no acallo las críticas hacia su desempeño. El Cabildo el día 18 envió una nota de agradecimiento al teniente general en señal de agradecimiento por el comportamiento de sus hombres.

El general Francisco de Elio desembarco en el puerto de Montevideo para hacerse cargo del gobierno de la ciudad con el nombramiento de gobernador. Acompañado por el sargento Cornelio Zelaya, su llegada precedida por un escuadrón del regimiento Húsares de Pueyredón, al mando de Martín Rodríguez, los que marcharon luego a la Colonia de Sacramento para integrar la división al mando al general Velazco, ex gobernador de Paraguay.⁷³ El flamante gobernador tardaría 8 días antes de tomar posesión de su cargo, esperando la retirada total de las fuerzas inglesas.⁷⁴ Razones comerciales, el intento de ver a la capital virreinal inundada de los miles de productos ingleses que abarrotaban locales, depósitos y bodegas en Montevideo llevaron a las autoridades virreinales a decretar el aislamiento, aun epistolar de la ciudad. Al no poder ser adquiridos por el mercado de la Banda Oriental, acaudalados comerciantes de Buenos Aires compraron grandes cantidades de ellas a bajos precios, bienes que ingresarían de contrabando en el Virreinato del Río de la Plata.⁷⁵

Durante 60 días convivirían en la ciudad con los vecinos y autoridades españolas, las otrora orgullosas tropas de S. M.B, que armadas, se movían libremente entre la sociedad montevideana. Las despedidas se sucedían y se deshacían o se afianzan lazos afectivos. ¿Cuáles fueron las sensaciones entre los vecinos de la cautiva Montevideo? Descartamos la alegría de sentirse libres de una dominación impuesta por las fuerzas de las armas y que había producido gran número de bajas fatales entre sus esposos, padres e

⁷² LUZURIAGA, Juan C. *Las Invasiones Inglesas en su Bicentenario*. Ob. citada.

⁷³ RODRIGUEZ, Martín *Memorias*. Biblioteca de Mayo. Ob. citada.

⁷⁴ Ídem. p.1652.

⁷⁵ PEDEMONT, Juan C. *1807 Crónicas de la época de de la invasión inglesa*. Pág. 76 Edit. Río de la Plata. Montevideo. 1947.

hijos. Pero la repercusión de la noticia de la derrota fue valorada, de ser cierta, lamentablemente para la historia de la vencida ciudad, de manera diferente por un protagonista de los hechos.

*Sin exageración puede afirmarse que los habitantes de Montevideo, al conocer que habíamos sido rechazados en Buenos Aires, sufrieron más que nosotros y lamentaron, en vez de regocijarse el triunfo de sus compatriotas. A medida que se acercaba la hora de nuestra partida y cuando entendieron por nuestros preparativos que realmente íbamos a abandonar el lugar—circunstancia que durante mucho tiempo juzgaron increíble—la tristeza invadió todos los semblantes. Ni el más distante signo de júbilo pudo describirse en ningún lugar. Se despidieron con nosotros con pesar y por las lágrimas que derramaron podría haberse pensado que se separaban de sus amigos o parientes más que de sus amigos.*⁷⁶

Durante las dos invasiones inglesas llevadas a cabo sobre el virreinato del Río de la Plata, el número de deserciones entre los miembros de su ejército y marina fue importante. Afinidades religiosas, relaciones sentimentales, el duro trato sufrido en sus filas y la desaparición e inserción en un mundo nuevo y prácticamente inalcanzable para las autoridades británicas, fueron sin duda algunas de las motivaciones que indujeron a algunos de ellos a abandonar sus filas. La proximidad del retorno a Inglaterra hizo que prácticamente se produjeran deserciones en todas las unidades, resultando en 300 desertores entre febrero y septiembre de 1807.

Durante el 24 de julio, arribaron a Montevideo las tropas al mando del brigadier general Auckland que supuestamente debían haber prestado servicio bajo el mando de Whitelocke, luego de una accidentada navegación que se prolongó durante 24, días en pésimas condiciones meteorológicas. Estas tropas arribaron cuando solo tenían alimentos para una semana. Luego de un período de

⁷⁶ ANÓNIMO. *Invasiones Inglesas. Notas sobre el Virreinato del Río de la Plata en América del Sur*. p. 97. Edic. El Galeón. Montevideo. 2001.

recuperación de los hombres y de reparación y reabastecimiento de sus naves, comenzaron a reembarcar. Es fácil entender el desconcierto de jefes, oficiales y tropas, que debían reemprender el agotador viaje, ahora como parte de un ejército derrotado.

Los prisioneros ingleses, junto con algunas mujeres y niños que los habían acompañado en su fallida aventura, capturados durante la primera invasión inglesa, ocurrida el año anterior, habían sido divididos en diferentes grupos e internados en su mayoría en el interior de la provincia de Córdoba y en su capital, mientras otros fueron remitidos a Santiago del Estero, Salta, Catamarca, San Juan y Salta⁷⁷. Los traslados de los cautivos dieron comienzo luego de las fugas de William Beresford y Dennis Pack, en febrero de 1806, siendo los prisioneros trasladados numerosas veces. La captura de Montevideo, la fuga de algunos de ellos y la posterior amenaza que representaban las tropas inglesas sobre Buenos Aires intervinieron poderosamente la necesidad de incrementar en su alejamiento de las cercanías de la capital virreinal. Atemorizados por alejamiento de Buenos Aires, cada uno de ellos recordaría sus experiencias desde las vicisitudes que cada uno experimentara. Por el solo hecho de ser prisioneros de guerra, eran vulnerables y desprovistos de derechos legalmente establecidos. En algunos casos el trato que recibieron fue correcto y en muchas ocasiones amable, otros padecerían episodios de venganza, aislados, y hasta se dio el caso de un matrimonio, él soldado del 71, que fueron asesinados por criminales comunes⁷⁸. Apenas recibidas las órdenes emanadas de Líniers, los ingleses cautivos comenzaron a ser enviados por todos los medios posibles hacia Buenos Aires. Llevo un largo tiempo el retorno y algunos, nunca retornarían. En grupos diferentes y en distintas fechas, a lo largo del mes de agosto, fueron arribando a su destino, donde algunos se reencontraron con vecinos con los que habían desarrollado amistad durante el tiempo de la ocupación de la capital virreinal. En pequeños veleros y chalupas fueron

⁷⁷ GRENON, F. *Internación de los prisioneros ingleses*. Documentos Históricos, Vol. XV, p. 564. Córdoba, 1929.

⁷⁸ FERNYHOUGH, R. *Military Memoirs of Four Brothers*. London 1829. Capítulo 8. Ebook.

alcanzando barcos de otras banderas, siendo transportados hacia Montevideo.

El capitán Alejandro Gillespie que fuera capturado en las acciones de 1806 ha dejado uno de los más amenos relatos de las peripecias padecidas y derroteros de un grupo de ellos y de su posterior destino. Sus experiencias, fueron más o menos similares a las de sus camaradas para alcanzar a las tropas británicas que embarcaban en Montevideo.

*Después de permanecer en casa de mis amigos la noche del 3 de septiembre... bajé al muelle con un esclavo encargado de ayudarme a conseguir un bote que me llevase a alguno de los barcos a la sazón fondeados cerca del puerto. Después de sortear muchas dificultades alquile la lancha de un bergantín norteamericano que salía directamente para Montevideo... fui tomado como pasajero por catorce duros.*⁷⁹

Gillespie en su camino hacia el río, luego de evitar una “turba compuesta por individuos alcoholizados”, logró abordar un bote y abordar un navío norteamericano. Ya en viaje hallaron a la fragata de S.M.B. “Encounter”, a la cual se traslado entrando a Montevideo el 6 de septiembre, encontrando “todo en estado de gran confusión”. Otros liberados que continuaban llegando a Buenos Aires, fueron llevados por las autoridades españolas hasta la ribera, embarcados en botes y enviados a Montevideo.⁸⁰ Un buen número de ellos, por motivos económicos, religiosos o afectivos aceptaron ofrecimientos y permanecieron como ciudadanos libres en la sociedad que los había vencido.

El retiro de las fuerzas de ocupación no fue una tarea simple. Basta para dar idea de la complejidad de las maniobras realizar se debe recordar que en enero de ese año cerca de 100 barcos mercantes habían acudido a la conquistada Montevideo. Más de 2000 civiles, comerciantes y marineros se sumaron a las fuerzas

⁷⁹ GILLESPIE, Alexander. *Buenos Aires y el Interior*. Edic. El Elefante Blanco. p. 241. Buenos Aires. 2000.

⁸⁰ GAVIN, Charles O. *Diary of Willian Gavin*. H.L.I. Chronicle, XX, 1920.

militares y sobrepoblaron las comodidades y calles de la ciudad.⁸¹ La retirada de las tropas inglesas fue bien organizada, demostrando, por lo menos, la capacidad administrativa de Whitelocke. Los hombres fueron embarcados y comenzaron a partir en los primeros días de agosto, los primeros que abandonaron el puerto fueron los regimientos 47° y 87° que fueron destinados a la India, una semana más tarde salieron los cuerpos destinados a ser repatriados, regimientos 90° y 20° de dragones, el batallón 95° y los rifleros del 88°. Junto con ellos “fueron embarcadas 22 mujeres, esposas y viudas, y varios niños”. A fines de agosto partieron las tropas provenientes de Santa Helena a bordo del “Goolwich” y del “Forte”, y a comienzos de septiembre empezó al embarque de los comerciantes y civiles que habían acompañado las fuerzas de ocupación, contándose entre ellas administradores civiles, secretarios y contables.⁸² Esta partida se vio afectada por una prematura y equivocada orden de embarque que alteraría la maniobra. Entre las fuerzas que habían intentado la conquista del la capital virreinal se encontraba un geólogo inglés, John Mawe, quién había embarcado tempranamente.

*Al comienzo de septiembre de 1807, apenas había embarcado para nuestro de regreso, cuando se distribuyo una inesperada orden conminando el inmediato abandono de la plaza. Como se había extendido el rumor de haberse obtenido una prórroga de la fecha para abandonar el Río de la Plata, se produjo una gran confusión entre las tropas que tenían que embarcar, a la vez que los comerciantes intentaban hacer lo propio llevando las mercaderías que no habían logrado vender.*⁸³

Restablecido el orden, los barcos con los fracasados comerciantes que habían concurrido a la “tierra prometida”, la

⁸¹ URBINA DE, Antonio. Las invasiones inglesas en el Río de la Plata (1806-1807). p. 169. Revista de Estudios Políticos N° 37-38 Univ. de La Rioja, España. 1948.

⁸² PEDEMONT, Juan C. 1807 *Crónicas de la época de de la invasión inglesa*. p. 151. Ob. citada.

⁸³ MAWE, John. *Travels in the Interior of Brasil*. Londres S/N. 1820.

mayoría en ruina económica izaron sus velas. En uno de los navíos que se alejaban a favor del viento “viajaban las restantes esposas que han quedado sin marido y con ellas, muchos niños, algunos muy tiernos que habían nacido aquí. Fue esta la partida más desolada, más triste”.⁸⁴ Los fondos de dinero y los archivos de la expedición, custodiados por administradores civiles, a bordo de un buque mercante, escoltado por un barco de guerra, levaron anclas y pusieron proa también hacia Inglaterra.

El plazo acordado llegaba a su fin y se apresuraba el acopio de suministros para tan gran número de tropas y tan largo viaje.

*El 7 de septiembre, según los artículos del tratado vencía el plazo para retirarse de Sud América, pero aún entonces nuestros mercaderes mantenían abiertos sus depósitos y almacenes como si dudaran de lo pactado. Al pasar el día fijado y no haberse la esperada partida, comenzaron a propalarse rumores de haberse obtenido una extensión del plazo. En realidad la causa era que aún no estaba finalizado el abastecimiento de la flota que se había acordado con las autoridades virreinales, a la vez que la provisión de pan proveniente de Buenos Aires aún no había arribado a lo que se sumaban vientos contrarios.*⁸⁵

Finalmente fueron embarcados los hombres del Real Cuerpo de Ingenieros, los dragones del 6° y del 17° y los infantes de los regimientos 5°, 36°, 38°, 40° y 45° y “en las últimas horas de la tarde lo hicieron 300 heridos y enfermos y con ellos más de 500 hombres del regimiento 71°”⁸⁶ que habían permanecido prisioneros en manos españolas desde la derrota del año anterior. Manuel Aniceto Padilla fue uno de los colaboradores en la fuga de Beresford y devenido periodista pago al servicio de S.M. B. en el

⁸⁴ PEDEMONT, Juan C. 1807 *Crónicas de la época de de la invasión inglesa*. p. 152. Ob. citada.

⁸⁵ ANÓNIMO. *Buenos Aires .1807. A personal narrative by an officier of the 36th. Foot.* p.78. Ob. citada.

⁸⁶ PEDEMONT, Juan C. 1807 *Crónicas de la época de de la invasión inglesa*. p. 152-153. Ob. citada.

periódico inglés, embarco el día 8, regresaría al Río de la Plata en noviembre de 1810, siempre en la nómina del gobierno inglés.

No habiendo alcanzado a regresar todos los cautivos liberados, Whitelocke. con autorización de las autoridades españolas procedió a “dejar un transporte grande para trasladar a los prisioneros que aún quedaban por llegar, así como el número de oficiales necesarios para conducirlos y se dejaron ordenes a los rehenes ingleses, Hamilton y Carrol, de acelerar el embarque de aquellos desde Buenos Aires apenas llegaran del interior del país”.⁸⁷ Finalmente el 9 de septiembre, todos los preparativos estaban terminados.

*Hacia las 9 de la mañana una delegación de las autoridades del cabildo izo entrega al general Whitelocke, por medio de uno de los alcaldes de una nota de agradecimiento en la que daban testimonio de la buena conducta de los súbditos de Su Majestad Británica durante su estancia y del orden que había existido durante su permanencia. Asegurando el aprecio que merecía su bondad y sentido de justicia... y que durante la dominación británica, el coronel Gore Browne y todos los oficiales se habían comportado con caballerosidad. Que si bien como españoles no podían menos que regocijarse de la partida de los ingleses que liberaba a su país del yugo de la opresión, como hombres respetaban la moderación que había demostrado. La traducción estuvo a cargo del ayudante de campo, Freemantle.*⁸⁸

Por su parte los ingleses agradecieron a su vez el tratamiento humanitario que, “verdaderamente fraterno”, las autoridades españolas habían sabido dispensar a los heridos provenientes de Buenos Aires.

A las 12 horas el teniente general Whitelocke abandono, para nunca regresar la casa de gobierno. El derrotado general sería

⁸⁷ War Office. 1/162-523-538. Carta de *Whithelocke a Castelreagh*. 10 de septiembre de 1807.

⁸⁸ ANÓNIMO. *Buenos Aires .1807. A personal narrative by an officier of the 36th.Foot* p. 154. Ob. citada.

detenido a su arribo a Londres y sometido a una corte marcial en un sonado juicio que comenzó el 28 de enero de 1808, Hallado culpable de todos los cargos, siendo expulsado del ejército y declarado inepto de servir a S.M.B, siendo el fallo aprobado por el soberano inglés.⁸⁹

Cercano el mediodía se ordenó el retiro de todas las tropas británicas que aún hacían guardia.

*Un disparo de cañón, efectuado por una pieza naval fue la señal enviada, según lo acordado, para que las tropas españolas entraran en la ciudad y alrededor de las 3 de la tarde asistimos al doloroso espectáculo de ver izar su bandera en las murallas de este importante baluarte comercial y militar que las fuerzas británicas habían conquistado, no mucho tiempo atrás, con valentía y pagando un alto costo.*⁹⁰

El gobernador Elio se hallaba almorzando junto con su secretario y algunos oficiales, cuando fue sorprendido por el disparo y fue informado que la flota se movilizaba, espectáculo que salió a observar desde la azotea del edificio donde se hallaba. Daban fin así los 217 días que había durado el sueño de una extensión del Imperio Británico en el Virreinato del Río de la Plata.

Los últimos mercantes y transportes abandonaron el puerto de Montevideo y fueron a anclar junto a los navíos de guerra que permanecían aguas afuera. Desde sus bordas tripulantes podían ver la ciudad, el país, que se habían visto obligados a abandonar. “Durante la noche hubo gran iluminación en toda la ciudad, las baterías disparaban salvas y los colores españoles ondeaban en la fortaleza”⁹¹. La flota inglesa al día siguiente se internó aguas abajo deteniéndose a abastecerse de agua., operación que finalizó por la

⁸⁹ PICABEA, Lucio R. 1807¿Por qué Buenos Aires no es Buenos Aires City? p.111-123 Ob. citada

⁹⁰ ANÓNIMO. Buenos Aires. 1807. A personal narrative by an officier of the 36th. Foot. p. 154. Ob. citada.

⁹¹ Ídem. p. 155-156

noche, y finalmente ayudada por vientos favorables comenzó a alejarse del estuario del Río de la Plata.

Las noticias de la derrota sufrida en el Río de la Plata Llegaron a Londres el 16 de septiembre de 1807. La frustración ante la derrota, trascendió los cuarteles y se extendió en la sociedad, haciéndose eco la prensa del enojo presente en la misma. Whitelocke fue hecho responsable del desastre y sus acciones y desaciertos fueron expuestos en periódicos y panfletos que informaban, a veces exageradamente de los acontecimientos.

Como relataría el *Daily Advertiser* en una de sus editoriales del 16 de septiembre: “Buenos Aires se perdió para siempre; y no es solo esto sino que la América española es inexpugnable.”⁹²

⁹² *The British Newspaper*. En britishnewspaperarchive.co/uk, visitado en enero de 2020.